

ALFONSO X: BEAUCAIRE Y EL FIN DE LA PRETENSION IMPERIAL

POR

CARLOS DE AYALA MARTÍNEZ

Los diez últimos años del reinado de Alfonso X constituyen un período de contradictorias decisiones políticas que acaban, en buena parte, con la coherente línea programática que el Rey Sabio había procurado imponer en sus dominios desde su acceso al trono.

La razón de ello es muy simple. En efecto, entre 1274 y 1275 se producen dos hechos fácilmente asociables desde nuestra perspectiva, que ayudan a entender la aparentemente inexplicable y contradictoria sucesión de acontecimientos que acompañan a Alfonso X en los últimos años de su vida.

Nos referimos, por un lado, al reconocimiento implícito que hace el monarca en las Cortes de Zamora de 1274, de su fracaso en lo referente a política interna. El Reino, convenientemente dirigido por la más alta nobleza, había puesto el veto a algunas de las más significativas directrices de la Corona en su política de fortalecimiento real, y Alfonso X pasa a ser, de manera definitiva, consciente de ello. Es cierto que este reconocimiento de fracaso por parte del trono no equivalía a una radical claudicación de sus planteamientos, pero sí suponía un frenazo a las iniciativas del gobierno y, sobre todo, la toma de conciencia de que el programa reformista iniciado no contaba con la necesaria colaboración de las fuerzas sociales y políticas del Reino: la consolidación de la monarquía como estructura orgánica de poder tardaría en consumarse.

Resulta muy significativo, por otra parte, que la realidad interna que, a raíz de 1274, se evidencia en los ojos del monarca castellano, coincida cronológicamente con lo que a menudo se ha calificado de máximo fracaso de la política exterior de Alfonso X: la entrevista

que mantuvo con el papa en la localidad francesa de Beaucaire en la primavera de 1275. En ella, Gregorio X dijo su no definitivo a la pretensión imperial del rey de Castilla, un no que debilitaba por completo la cobertura gibelina de la que Alfonso X quiso servirse para potenciar su poder en el interior de Castilla y para justificar la visión hegemónica del protagonismo peninsular que deseaba.

El binomio fortalecimiento interno-política peninsular preeminente, que había constituido el eje fundamental del ideario político de Alfonso X, y en el que el gibelinismo como enfoque teórico del ejercicio del poder había jugado tan importante papel, se venía abajo de manera definitiva por la incomprensión del Reino y el aislamiento pontificio.

¿Cuál es la reacción inmediata de Alfonso X ante tan desconsolador panorama? La reacción que, en su conjunto, es un penoso modelo de inconsecuencia política e incoherencia programática por parte del monarca castellano, consta de dos fases. La primera se desarrolla entre 1275 y 1280. En ella Alfonso X responde espontánea e irracionalmente a su frustración política, radicalizando inútilmente, en el exterior, la causa perdida del gibelinismo en un vano intento por conservar la amistad del nuevo rey aragonés Pedro III, al tiempo que, en el interior, una política de concesiones en favor de los privilegiados pretende el apoyo de un Reino que nunca había visto con buenos ojos las veleidades gibelinas de su soberano. Una contradicción, en suma, que llevaría al monarca, en un segundo momento —1281-1284—, a encauzar su respuesta al fracaso, enganchándose a destiempo, y desde una actitud entreguista, al carro del güelfismo franco-angevino en flagrante contradicción con su trayectoria política y con los anhelos de su Reino, el cual no conocía de estos vaivenes diplomáticos otra cosa que la creciente presión fiscal que acarrearban. Es comprensible que, de este modo, la guerra civil pusiera fin a tan largo y complejo reinado.

Con el presente estudio pretendemos aportar una cierta clarificación a las contradictorias claves que presiden los diez últimos años del gobierno de Alfonso X, y lo haremos a través del análisis de su política exterior en aquella dramática fecha de 1275, la de la negativa pontificia de Beaucaire, pero también la del retroceso de los objetivos hegemónicos castellanos de primacía sobre Navarra, la de la invasión meriní y la del inicio de la crisis institucional plantea-

da a la muerte del infante heredero de Castilla, don Fernando de la Cerda.

En efecto, estos tres últimos hechos, coincidentes temporalmente con la ausencia de Alfonso X en Beaucaire o con su precipitado regreso del escenario de su entrevista con el Pontífice, contribuyen a cambiar radicalmente el panorama de los acontecimientos políticos castellanos. El monarca había dejado un año antes el Reino, debilitado tras la rebelión de 1271-1272, pero convenientemente pacificado. Tras las Cortes de Zamora, Alfonso X, vencido por la realidad de los hechos, había precisado ante el Reino los límites de su autoridad; un acuerdo ventajoso con el rey de Granada estabilizaba la situación fronteriza en el sur y las posibilidades de la Corona en el tema navarro distaban de estar decididas en contra de Castilla, máxime cuando era visible la contundente actuación del heredero a quien precisamente se iba a confiar la gobernación del Reino en ausencia de su padre.

Un año después, cuando a finales de 1275 Alfonso X retomaba de nuevo las riendas del poder, lo hacía consciente de que ya era muy difícil que Navarra entrara bajo la órbita castellana: sus tropas se veían obligadas a retirarse, y la popularidad de su causa comenzaba a debilitarse de forma muy significativa. Navarra, el objetivo más ejemplificador de los planes hegemónicos de Alfonso X sobre la Península, se alejaba velozmente de su radio de influencia. Pero eso no era lo más grave: por el sur, no sólo Granada había roto sus treguas, sino que facilitaba la más devastadora campaña de invasión que había sufrido Castilla desde hacía más de un siglo. La maltrecha economía castellana recibía así un nuevo y duro golpe del que tardaría mucho en recuperarse. Por si todo ello fuera poco, Alfonso X perdía a su primogénito, abriéndose de este modo un grave problema institucional que, desde luego, no resultaba todavía previsible, pero que sin duda, como parecen demostrar los acontecimientos inmediatos, la mente del rey Sabio supo de algún modo intuir.

Y todo ello se producía al mismo tiempo que el monarca recibía un serio revés diplomático en Beaucaire, no por esperado, menos dañino a los intereses políticos de Alfonso X: la concesión de décimas con la que Gregorio X quiso comprar la renuncia del rey castellano al Imperio, apenas podía compensarle del duro golpe que, teórica-

mente, tal renuncia suponía en sus planes de prestigio exterior y de consolidación de poder en el interior de sus dominios.

El año 1275 es, sin duda, una fecha dramática para Alfonso X. La situación creada exigía una pronta respuesta por parte del monarca, y éste acudió, una vez más, a acentuar su faceta gibelina, la misma que durante mucho tiempo, y desde luego en los mejores años de su reinado, había sido el expediente utilizado para consolidar el trono y reforzar su autoridad. Desde 1269, el monarca castellano había renunciado a la moderación de que había sabido revestir al gibelinismo que encarnaba. Ahora, cuando la situación se hacía más desesperada, no era el momento para renunciaciones: o su política de afirmación daba frutos, y lo hacía de manos del radicalismo, o su trono peligraría.

Una vez más, el rey de Castilla comprometía su futuro en el interior de sus dominios con sus acciones diplomáticas extrapeninsulares; una vez más, la política exterior habría de crear los cauces que hicieran viable la consolidación del trono. A estas alturas del reinado, las elevadas cotas de impopularidad que la acción gubernamental de Alfonso X producía en el interior de Castilla, no permitían al monarca jugar otra baza que la de la política exterior.

Un análisis pormenorizado de las acciones protagonizadas por el monarca y su cancillería fuera de las fronteras castellanas a lo largo de 1275 nos da la clave del impulso rabiosamente gibelino que Alfonso X quiso dar a su política a partir de aquel momento. Y desde luego, dicho análisis quedaría incompleto sin incluir en él las jornadas de Beaucaire, tan reiteradamente interpretadas como el puro, simple y definitivo fracaso de la opción imperial del rey Sabio.

Hacia una reinterpretación de las jornadas de Beaucaire.

Se ha insistido tradicionalmente en la importancia que Alfonso X concedió a la entrevista con el Papa, por la posibilidad que ésta suponía desde la óptica castellana, de hacer variar la hasta entonces inflexible postura pontificia en relación al tema imperial. La definitiva negativa de Gregorio X en este sentido habría supuesto, por consiguiente, un duro y frustrante golpe para el rey de Castilla que, humillado, volvió a su territorio habiendo sacado en limpio única-

mente los beneficios derivados de la concesión de las décimas eclesiásticas; ni tan siquiera el papa había atendido convenientemente a las otras "propuestas alternativas" que el monarca le presentó al conocer su invariable negativa en relación al asunto imperial: la herencia suaba, el tema de Navarra y, quizá, la liberación de su hermano Enrique de la implacable prisión del régimen angevino.

Sin duda es necesario realizar una reinterpretación de los acontecimientos que permita encajarlos con mayor soltura y que no deje tantos cabos sueltos como los que se derivan de la visión tradicional. Por lo pronto, convendría rescatar la figura de Alfonso X de ese halo de ingenuidad con el que tan frecuentemente ha sido rodeada y que en el tema del Imperio se presenta de manera espectacular. Alfonso X, lejos de considerar Beaucaire como la única y última posibilidad con la que contaba para acceder al trono imperial —acceso en el que el propio monarca probablemente nunca pensó de una forma seria— era perfectamente consciente de cuál iba a ser la respuesta del papa: su última propuesta formal en relación al tema de la elección imperial no podía provocar otra contestación pontificia que la negativa más absoluta. No podemos pensar que Alfonso X imaginara que su sola presencia personal ante la Curia iba a ser capaz de neutralizar toda una larga trayectoria política que la Santa Sede había mantenido desde mucho antes de que Gregorio X accediera al solio. Máxime, cuando varios meses antes de la entrevista con el castellano —el 15 de febrero de 1275— el Pontífice anunciaba formalmente a su candidato electo, el príncipe alemán Rodolfo, que sería coronado emperador en la basílica de San Pedro de Roma el día 1 de noviembre de aquel mismo año (1).

Pero hay mucho más; Alfonso X sabía que muy recientemente, en noviembre de 1274, había recibido de forma indirecta las censuras pontificias, a través de una renovación que Gregorio X había efectuado de las lanzadas por sus antecesores contra la filocastellana Génova, contra los reductos gibelinos de Lombardía, apoyados por el gobierno de Alfonso X, contra el marqués de Montferrato, yerno y representante de los intereses del castellano en la Italia septentrio-

(1) Reg. A. POTTHAST, GUIRAUD, *Regesta Pontificum Romanorum*, I, Berlín, 1874, pág. 1.693; publ. J. GIRAUD, *Les registres de Grégoire X*, págs. 301-302 (volumen I de J. GIRAUD y L. CARDIER, *Les registres de Grégoire X et de Jean XXI*, 2 vols., París, 1892-1906).

nal, y contra los mismos hispanos que habían acudido a la Península llamados por el marqués con el beneplácito del rey Alfonso (2).

Y, sobre todo, de lo que desde luego tenía que ser consciente el monarca castellano era del conjunto de cartas pontificias enviadas a él y a destacados miembros de la corte, para que desistiera del viaje que estaba a punto de iniciar. En efecto, el 18 de diciembre de 1274, desde la sede conciliar de Lyon, el Papa envía al obispo de Valance junto al rey de Castilla para inducirle a renunciar a sus pretensiones imperiales (3), y lo envía al lado del maestre Frédulo, futuro obispo de Oviedo y uno de los más notables diplomáticos del último tercio del siglo XIII (4). Un día después, el 19 de diciembre, Gregorio X se dirigía personalmente al rey Alfonso recordándole que en ningún momento había pretendido ocultarle la realidad de su situación en torno a su deseo más bien al contrario, le había informado siempre de su falta de requisitos para alcanzar la corona imperial, entre ellos el de aceptar la costumbre germánica que imponía a todo electo la coronación como rey de Alemania en Aquisgrán, antes de asumir las responsabilidades imperiales; tal requisito, concluía el Papa, no había sido cumplimentado por el monarca castellano y sí, en cambio, por el rey de Romanos Rodolfo (5). Las cartas de Gregorio X al rey de Castilla iban acompañadas de indicaciones paralelas dirigidas al infante Manuel, el hermano de Alfonso X en quien la Curia confiaba para hacer desistir de sus planes al monarca (6).

En cualquier caso, la imperturbabilidad de Alfonso X obligó al papa a un último intento conminatorio. El 31 de diciembre de 1274, Gregorio X, en una nueva carta dirigida al monarca castellano, probablemente la última en la que le da el título de Rey de Romanos, le pide formalmente que desista de su pretensión al Imperio y obedezca las decisiones apostólicas al respecto; en este sentido le remite la embajada que el rey había enviado a la Curia, compuesta por el obis-

(2) 1274, noviembre, 18. Lyon, publ. GUIRAUD, *Registres...*, págs. 238-240.

(3) Reg. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 298.

(4) Publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 299.

(5) Publ. parcial, POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.691.

(6) *Vid.* las dos cartas enviadas por el papa al infante en diciembre de 1274. Publ. GUIRAUD, *Registres...*, págs. 297-98 y 299-300. En la segunda de ellas, Gregorio X pedía al infante información de las reacciones del monarca antes de que llegara a un acuerdo con él.

po de Astorga, el noble Juan Núñez, el dominico fray Ademaro y maestre Fernando, notario real (7). El mismo día era remitida otra carta pontificia, destinada en este caso a la reina, para que influyera en el ánimo de su marido y, de una vez, se amoldara a las decisiones pontificias (8); el ruego iba acompañado de la reforzadora presencia del maestre Frédulo que nuevamente era enviado a la corte castellana (9).

El valor propagandístico de la conferencia de Beaucaire.

Después de todo esto, ¿podía caberle a Alfonso X alguna duda de cuál sería la respuesta del papa en lo concerniente al Imperio? Creemos que no, y sin embargo, el rey de Castilla emprendió el largo viaje a Beaucaire dejando sus dominios en pacífica pero precaria situación. En noviembre de 1274 confiaba la regencia a su hijo Fernando, e iniciaba sin prisa una marcha que por sus características, entre ellas la de no escoger el camino más recto para alcanzar los Pirineos, parece no tener que ver mucho con un sincero interés por parte del monarca en llegar cuanto antes a un acuerdo con el papa. El análisis de los documentos de la cancillería aragonesa que nos hablan del tránsito de Alfonso X por territorio de Jaime I, así como el de los relatos cronísticos de que disponemos sobre el particular, nos llevan a considerar la innecesaria marcha del rey Alfonso desde el interior de Castilla a Barcelona pasando a través de Alicante, por Valencia, como un montaje propagandístico tanto más sonoro cuanto más espectacular fuera la acogida que obtuviera el monarca castellano —como así ocurrió en efecto— en los territorios radicalmente gibelinos del rey aragonés.

No vamos a entrar en detalle en este tema (10); sí en cambio,

(7) Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.691.

(8) Reg. *ibid.*, pág. 1.692; publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 299.

(9) Publ. GUIRAUD, *Registres...*, págs. 298-299.

(10) Para conocer el contenido de la documentación aludida, así como un comentario de las plásticas descripciones cronísticas del acontecimiento, especialmente la aportada por MUNTANER, *vid.* A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona-Madrid, 1963, págs. 717 y sigs. Creemos, desde luego, que la proximidad de la crudeza invernal no justifica totalmente el espectacular rodeo que Alfonso X se decidió a dar para alcanzar Cataluña en su marcha a Francia.

haremos mención de cuál fue la actitud del papa una vez conocida la indeclinable intención del rey de Castilla por acudir a la sede conciliar.

No cabe duda de que Gregorio X fue el primer sorprendido por este empecinamiento del monarca, y desde un principio receló de él. El mismo día que conminaba por última vez a Alfonso X para que desistiera de sus planes, el papa se vio obligado, ante la insistencia del emisario regio Juan de Porta, a comunicar a la corte castellana el envío del obispo de Valence con amplios poderes para preparar el inevitable encuentro (11). Pero el legado tenía además otro cometido: recabar información de Jaime I, fiel aliado de su yerno Alfonso, sobre las auténticas intenciones del monarca castellano en relación al Imperio (12).

Pero las precauciones de Gregorio X van un poco más lejos, y al tiempo que procuraba allanar las dificultades que Felipe III mostraba al paso de la comitiva regia castellana por suelo francés (13), el papa solicitaba la amortiguadora presencia del infante Manuel en las inminentes conversaciones que se veía obligado a sostener con el monarca castellano (14). Es más, cuando semanas antes de la entrevista Gregorio X pida al arzobispo de Narbona que muestre la reverencia debida al rey de Castilla mientras estuviera en territorio de su jurisdicción metropolitana (15) y solicite del senescal de Beaucaire, lugar del encuentro, la conveniente atención para las dos legaciones que allí habría de darse cita (16), el papa no olvida rogar a Alfonso X que reduzca su acompañamiento armado al llegar a la citada localidad languedociana (17).

(11) 1274, diciembre, 31. Lyon, Publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 298.

(12) 1274, diciembre, 18. Lyon, Publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 300.

(13) Probablemente de enero de 1275 con sendas cartas enviadas por el papa al rey de Castilla y al obispo de Valence sobre este asunto. En la primera, Gregorio X comunicaba a Alfonso X la petición que había cursado al rey Felipe III para que pudiera pasar a territorio francés con plena libertad y seguridad para él y para su comitiva armada (publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 300). En la segunda, la dirigida al obispo de Valence, Gregorio X ordenaba a su legado mediar cerca del rey francés cara a la obtención de los salvaconductos pertinentes (publ., *ibid.*, páginas 300-301).

(14) 1275, abril, Lyon, Publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 305.

(15) 1275, abril, 1-13. Lyon, Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.696; publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 306.

(16) 1275, abril-mayo. Publ. GUIRAUD, *Registres...*, págs. 306-307.

(17) El documento es fechado por Gregorio X en Orange el 3 de mayo de 1275.

Sin embargo, pocos documentos son tan expresivos de la ansiedad que despertó en el pontífice la presencia de Alfonso X en su improvisada corte, como el que dirige a su protegido, el Rey de Romanos, Rodolfo, muy pocos días antes de verificarse el encuentro, concretamente el 12 de mayo. Por este documento sabemos de la preocupación del papa por allegar recursos al emperador electo, y cómo esa preocupación se acentuaba por su prolongada ausencia de la Curia, motivada por los preparativos y el mismo desarrollo del Concilio de Lyon. Por esta razón, Gregorio X no había podido contactar con los mercaderes y banqueros que hubieran proporcionado los préstamos necesarios. El papa insistía en que ahora se trataba a toda costa de que Rodolfo no pusiera de manifiesto su escasez de medios, porque de ello podría derivarse la completa defección de Lombardía; además, lo que bajo ningún concepto convenía era que Alfonso X, pronto a llegar a Beaucaire, conociera la precaria situación económica del futuro emperador (18). Se trataba, sin duda, de una desproporcionada preocupación si es que el papa no sospechara que la venida de Alfonso X significaba algo más que el simple deseo del monarca castellano por oír su no definitivo a la candidatura imperial.

En el transcurso del mes de mayo, a partir del día 14, se produjeron los más intensos contactos personales entre el papa Gregorio y el rey Alfonso. La noticia nos la proporcionan lacónicamente los *Anales Placentini Gibellini*: "De mense Madii, domnus papa colloquium habuit cum domno rege Castelle in Bellicadio, in quo colloquio discordes secesserunt..." (19).

La brevedad de la noticia se corresponde con la escasez de tiempo que los interlocutores emplearon en el tema que, sólo aparentemente, era objeto del desplazamiento del monarca castellano: en menos de una semana Alfonso X hubo de escuchar de boca del papa la esperada negativa a sus pretensiones imperiales.

En efecto, un importantísimo documento al que, hasta el presen-

En él, el papa cita definitivamente a Alfonso X en Beaucaire; le manifiesta las dificultades que podrían derivarse de la entrevista en localidad tan pequeña, y le anuncia que él dejará parte de su comitiva en Tarascón, pidiéndole asimismo al monarca que reduzca su acompañamiento. Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.696; publ. GUIRAUD, *Registres...*, bāgs. 305-306.

(18) Reg. POTTHAST, *Regesta...*, págs. 1.696-97.

(19) MONUMENTA GERMANIAE HISTORICA (M. G. H.), XVIII, pág. 561.

te, no se le ha concedido la adecuada consideración, nos permite afirmar que antes del 21 de mayo el rey de Castilla contaba ya con la respuesta pontificia. Se trata de una carta, fechada por Alfonso X en Beaucaire, ese mismo día 21. En ella se intitulaba de manera manifiestamente desafiante como "Dei gratia Romanorum Rex, semper Augustus". La dirigía a Lanfranco Pignatario, podestá de Pavia, al consejo y al común de la ciudad. No vamos a analizar ahora todo el contenido de la carta, sino simplemente su preámbulo explicativo que, en sí mismo, encierra importantes aseveraciones. Alfonso X comunica a la ciudad norteitaliana el término de su reciente entrevista con el papa. En ella, y según las propias palabras del monarca, no pudo experimentar la mansedumbre paterna que hubiera correspondido utilizar con un devoto y obediente hijo de la Iglesia. El rey expresa que no había pedido nada que no fuera justo y adecuado al honor de Dios y al buen estado de la cristiandad. Y a cambio de su reivindicación, el papa se había mostrado no como cabría esperar del Santo Padre sino como un "señor carnal" que, apartándose de la justicia divina, no deseaba otra cosa que destruir los derechos del monarca. A continuación, Alfonso X confiesa la auténtica y principal intención que le había movido a entrevistarse con el pontífice: mostrar al mundo que aquel a quien se debería considerar fuente de justicia en la tierra, ha denegado transparentes y manifiestos derechos al rey de Castilla (20).

Después de conocer el contenido de esta carta comienzan a cobrar sentido algunos extremos, en principio difíciles de explicar, tales como el largo y penoso viaje cuyo resultado, por lo que a la pretensión imperial se refiere, se sabía de antemano, o la continuada permanencia de Alfonso X en Beaucaire después de conocer el primer resultado de su gestión (21).

(20) «Verumtamen huius colloquii fuit intentionis nostre causa precipua, ut per hoc mundus cognoscat et videant universi, quod ille qui fons iusticie debetur esse in terra, iustitiam nobis denegat sic lucidam, sic apertam, sicque in omnibus manifestam, quod nec fides nostra nec devotio prodest, nec que hactenus fecimus nec que facere volumus et valemus, tam ultra quam citra mare, ad Dei servicium adeo acceptandur, quod inde nobis sola iustitia tribuatur». La carta completa ha sido publicada en los *Annales Placentini Gibellini*, M. G. H., XVIII, pág. 561.

(21) Todavía en julio de 1275, Alfonso X permanecía en Beaucaire, hecho tanto más sorprendente cuanto que ya habría recibido noticias de la delicada situación del Reino, invadido por los mariníes. ORTIZ DE ZÚÑIGA aporta la siguiente noticia: «La nueva de tanto tropel de infortunios (invasión, muerte del heredero,

No cabe duda de que el rey de Castilla rodeó su "ida al Imperio" de una clara dimensión propagandística que compensaba, en la mente del monarca, su aparatoso desplazamiento. Este serviría a un preconcebido plan de acción exterior en el que jugaban un papel importante los contactos que mantuvo con dirigentes y núcleos de la resistencia gibelina —contactos facilitados por la proximidad geográfica con Saboya y el norte de Italia— y, naturalmente, las "negociaciones alternativas" que el rey protagonizó con las autoridades pontificias. Estas negociaciones constaban de tres ejes de atención prioritaria: el reconocimiento de los derechos alfonsíes al ducado de Suabia, la neutralización de la ofensiva respuesta franco-navarra a los objetivos peninsulares de Castilla y la obtención de alguna compensación de tipo económico.

Derechos sobre el ducado de Suabia.

Para finalizar con lo que son estrictamente contactos castellano-pontificios de Beaucaire, centraremos ahora nuestra atención en los ejes de negociación que acabamos de señalar. El primero de ellos conlleva una clara dimensión gibelina. Alfonso X, consciente de lo inútil que resultaría insistir en la pretensión imperial ante el pontífice, recaba de éste la mediación para obtener el reconocimiento de sus legítimos derechos sobre el ducado alemán de Suabia. Con ello, Alfonso X pretendía mantener viva la llama legitimadora de todo lo que hasta entonces había sido el fundamento de sus ambiciones imperiales: era necesario conservar la última reliquia del entramado gibelino que había servido para sostener sus objetivos políticos en orden a la consecución de la plena soberanía en sus dominios peninsulares.

El pragmatismo pontificio, que no concedía a semejante capricho

ruptura del frente cristiano de Andalucía...) topó al rey don Alfonso en Velcarie, donde estaba a 9 de julio (de 1275), que se ve en mandato que envió a todos los lugares de su señorío, que ninguno levantara horca para suplicio sin su licencia» (*Anales eclesiásticos y seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla*, ed. Sevilla, 1978, lib. II, pág. 243). Por su parte, el marqués de Mondéjar data esta misma orden de Alfonso X el 20 de julio, igualmente en Beaucaire (*Memorias históricas de la vida y las acciones del Rey Alfonso el Sabio. Observaciones a su Crónica*, Madrid, 1777, lib. V, cap. XXX, pág. 328).

político más importancia que la que podría derivarse de una cuestión de honor, hizo que Gregorio X se aviniera a la mediación solicitada. A finales de junio de 1275, desde Beaucaire, el papa se dirigía a Rodolfo, emperador electo, para solicitar su intercesión en favor de la legítima herencia de Alfonso X. La Santa Sede deseaba limar cualquier aspereza que pudiera ser evitada en las relaciones del monarca castellano y el nuevo Rey de Romanos; por ello no dudó en enviar, con este fin, a la corte de Rodolfo a tan excepcional embajador como el abad de Cluny (22). Aunque la mediación pontificia en relación a este tema no alcanzó ningún efecto real, no por ello hay que desestimar el significativo gesto que supuso (23).

El conflicto navarro.

Mayor importancia práctica pudo haber tenido la intervención papal en el conflicto que, por Navarra, enfrentaba a Alfonso X con el güelfismo franco-angevino.

En realidad, las conversaciones que mantuvieron Alfonso X y el papa sobre la cuestión navarra, constituyen un auténtico problema historiográfico. Ballesteros-Beretta y Lacarra afirman que el monarca de Castilla pensaba transmitir al pontífice su deseo de que la pequeña reina Juana contrajera matrimonio con uno de sus nietos, y que sólo la rápida acción del rey Felipe de Francia solicitando del papa la dispensa matrimonial para que su primogénito Luis obtuviera la mano de la reina navarra, redujo a la nada el proyecto castellano (24). Desconocemos la fuente en que ambos historiadores han fundamentado la veracidad de semejante pretensión de Alfonso X que, sin duda, en caso de haber sido aceptada, hubiera supuesto la perfecta garantía para Castilla en lo referente a sus planes peninsulares de hegemonía. Es cierto que hubo, por parte del papa, cierto temor a que tal cuestión pudiera ser planteada por Alfonso X en Beaucaire, y que ese temor provocó la concesión de licencia ma-

(22) Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.697. Publ. GUIRJUD, *Registres...*, pág. 308.

(23) Vid. A. BALLESTEROS-BARETTA, *Alfonso X, emperador (electo) de Alemania* (discurso leído ante la R. A. H.), Madrid, 1918, pág. 62.

(24) A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X...*, pág. 731; J. M. LACARRA, *Historia política del Reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, II, Pamplona, 1972, pág. 217.

trimonial en favor del primogénito francés, pese a las resistencias que había ofrecido hasta entonces Gregorio X. Así lo demuestra la carta que, desde Lyon, envió el Pontífice a Felipe III el 23 de marzo de 1275. En ella le informaba de sus iniciales vacilaciones en lo tocante a la concesión de la dispensa que, dado el grado de parentesco entre los futuros esposos, "non leviter animus noster horruerit". No obstante, la Santa Sede estaba dispuesta a echar tierra sobre sus dudas con tal de no poner en peligro los intereses de Francia. Con todo, Gregorio insiste en su inclinación hacia el segundogénito Felipe, cara a la celebración del matrimonio. Por último —y esta es la información que sin duda más nos interesa— el papa confesaba al monarca francés que una eventual e inoportuna intervención de Alfonso X en relación al tema, le condicionaba a acceder a sus deseos (25).

Sólo esta información indirecta, que para nada hace mención a proyectos concretos de enlace matrimonial, nos es dado conocer sobre el pretendido proyecto de Alfonso X. Otras fuentes nos hablan simplemente de la intención del castellano por hacer valer en la Curia sus derechos al reino navarro (26) y de sus amargas quejas al pontífice por la interesada protección que Felipe III dispensaba a la reina madre, Blanca, y a su pequeña hija, la reina Juana (27).

Creemos que en esto y no en otra cosa consistió la negociación sobre Navarra en Beaucaire: elevar una protesta por la conculcación de los presuntos derechos castellanos al trono navarro. La protesta, dadas las características que tomaba el conflicto, no tardaría en convertirse en mediación pontificia, y ésta, en el menor de los casos, podría abrir un compás de espera; sin duda, a la debilitada monarquía castellana le interesaba ganar tiempo.

En efecto, una iniciativa mediadora partió inmediatamente de la Santa Sede. El 1 de julio de 1275, desde Beaucaire, Gregorio X se dirigía a su legado en Francia, el cardenal Simón de Santa Cecilia, para informarle del envío a la corte francesa del arzobispo *Ebredu-*

(25) Publ. GUIRAUD, *Registres...*, págs. 251-52; el documento es equivocadamente datado en 1272.

(26) J. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón* (ed. A. Canellas López, I, Zaragoza, 1976), lib. III, cap. XCIII, pág. 745.

(27) J. MORET y F. DE ALESON, *Annales del Reyno de Navarra* (ed. presentada por J. M. Martín de Retana, III, Bilbao, 1969), lib. XXIV, cap. IV, pág. 386.

nense con motivo de la disputa que sostenían los reyes de Francia y Castilla, "quia carissimus in Christo filius noster, rex Castelle ac Legionis illustris, in regno Navarre sibi jus comptere asserit" (28).

Compensaciones económicas.

El tercer asunto que Alfonso X deseaba tratar con el papa era el de la obtención de algún tipo de compensación económica. Quizá fue este el tema de más simple resolución. El Concilio ecuménico, recientemente clausurado, autorizaba la enajenación de las rentas provenientes de la décima eclesiástica para subvencionar los gastos de cruzada. La invasión africana sobre territorio hispánico creaba, por otra parte, una coyuntura dramáticamente adecuada para la concesión de estos efectivos financieros en favor del monarca castellano. En efecto, el 28 de julio, Gregorio X autorizaba en Beaucaire a Alfonso X para que pudiera disponer, en defensa de su Reino, de la décima eclesiástica de sus dominios por espacio de seis años (29). Ambas partes podían estar satisfechas: con tan generoso ofrecimiento el papa compensaba de alguna manera su decidida actitud negativa frente a los intereses del monarca castellano (30); por su parte, Alfonso X, siguiendo fielmente los pasos de su padre, consolidaba posiciones en orden al control efectivo de las rentas eclesiásticas del Reino, un control excepcional que los anhelos regalistas del monarca procurarían convertir en costumbre.

Cuestiones marginales.

Aparte de lo expresado, poco más puede decirse de las negociaciones castellano-pontificias de Beaucaire. Sobre la intercesión de Alfonso X en favor de la liberación de su hermano Enrique, prisio-

(28) Publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 308.

(29) Reg. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 345. La disposición sería formalmente ratificada tres meses después, el 14 de octubre (reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.700 y GUIRAUD, *Registres...*, pág. 281), al día siguiente que idéntica disposición fuera concedida a favor del protegido pontificio Carlos de Anjou (reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.700).

(30) Vid. P. LINEHAN, *La Iglesia española y el Papado en el siglo XIII*, Salamanca, 1975, pág. 186.

nero del angevino, no hay más noticias que la aportada escuetamente por Zurita (31), y recogida por Garibay (32). Hay, sin embargo, una última cuestión, ligada indirectamente a las negociaciones, y cuyo alcance escapa, por los escasos datos de que disponemos, a una coherente interpretación. Nos referimos al acuerdo castellano-angevino firmado poco antes o quizá durante las primeras jornadas de Beaucaire. De la noticia nos informa Gregorio X en carta dirigida al rey Carlos de Sicilia probablemente el 20 de julio de aquel año de 1275, por tanto desde Beaucaire. En la carta se habla de la formalización de tal acuerdo, en virtud del cual ambos monarcas, Alfonso X y Carlos Anjou, debían someterse al arbitraje del rey de Francia; sobre este particular, y según el pontífice, el castellano se había mostrado conforme, faltaba en cambio la respuesta del angevino; a conseguirla iba precisamente destinada la misiva papal (33).

El documento no puede ser más desconcertante. En un momento de evidente tensión entre Castilla y el bloque güelfo-angevino, se produce un acuerdo entre Alfonso X y Carlos de Anjou, condicionado al arbitraje de Felipe III, fiel aliado del angevino y enemigo número uno del rey de Castilla. Por si esto no fuera bastante, a Alfonso X, si hemos de creer la carta pontificia, le faltó tiempo para aceptar tal condición. No es necesario decir que desconocemos absolutamente el alcance y la naturaleza del acuerdo. Ballesteros-Beretta, al mencionar el asunto, da de pasada una explicación, a nuestro juicio, inconsistente y escasamente adecuada al contenido real de la carta. Para Ballesteros-Beretta, Alfonso X se vio obligado a concluir el tratado con Carlos de Anjou "para solventar favorablemente las cuestiones de Lombardía, y para poder repatriar con facilidad sus tropas", además, y según el mismo autor, tal acuerdo sería la antesala de una mediación angevina para llegar cuanto antes a un arreglo del conflicto franco-castellano sobre Navarra (34).

Lo único que cabría relacionar con tan enigmático tratado es una

(31) *Anales*, lib. III, cap. XCIII, pág. 745.

(32) E. DE GARIBAY ZAMALLOA, *Compendio historial de las Chronicas y universal historia de todos los Reynos d'España, donde se escriven las vidas de los reyes de Castilla y León*, Barcelona, 1628, II, lib. IV, cap. III, pág. 213.

(33) Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.698; publ. GUIRAUD, *Registres...*, páginas 308-309. Cit. F. VALLS TABERNER, «Relacions familiars i politiques entre Jaume el Conqueridor i Anfós el Savi», en *Obras Selectas de F. Valls-Taberner*, IV, Barcelona, 1961, págs. 304-305.

(34) *Alfonso X...*, pág. 778.

noticia que incluye Zurita entre las peticiones que Alfonso X trasladó al papa en Beaucaire: "Y pedía grandes sumas de dinero que Carlos rey de Sicilia le debía" (35). El dato que, en principio, podría encajar con el hecho de la intervención pontificia e incluso el propio poder arbitral del monarca francés, constituye en sí mismo, sin embargo, otro enigma de explicación igualmente difícil: ¿Cuándo y por qué motivo el rey de Castilla, enemigo del angevino y económicamente más débil que él, verificó el supuesto préstamo? No conocemos, por otra parte, ninguna mención documental que apoye tal extremo.

Dejando al margen este problema no resuelto, y haciendo una recapitulación valorativa de las negociaciones de Beaucaire, podemos extraer la siguiente conclusión: la "ida al imperio" —materializada en las entrevistas de Beaucaire— constituye para Alfonso X una plataforma de acción política exterior que, desde la óptica propagandística o la compensación negociadora venía a afianzar, en la mente del rey, su posición gibelina, y ello al margen de una negativa a la candidatura que encarnaba, y que, perfectamente esperada por el monarca, no llegó a significar el automático fin de su pretensión imperial,

Pruebas de esta última afirmación las encontramos sobradamente a lo largo de este año de 1275, como enseguida tendremos ocasión de analizar, e igualmente las hallamos en la persistente utilización de títulos y símbolos, inherentes a la dignidad de electo, por parte de Alfonso X en los meses siguientes a sus contactos con el papa. Este, en septiembre de 1275, se veía obligado a pedir formalmente al gran consejero del monarca, el arzobispo Raimundo de Sevilla, que intentara convencer al rey Alfonso para que no siguiera usando en sus documentos el título imperial ni su correspondiente sello. Además, desde la óptica pontificia, el asunto resultaba especialmente grave, porque, según las informaciones llegadas a la Santa Sede, el monarca castellano se había dirigido a magnates alemanes y a ciudades italianas expresándoles su deseo de no renunciar al trono imperial (36). Gregorio X reforzaba la misión que confiaba al

(35) *Anales...*, lib. III, cap. XCIII, pág. 745.

(36) 1275, septiembre, 13, Valence. Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.699 y publ. GUIRAUD, *Registres...*, págs. 281-82; 15 días después, el Papa, desde Vienne, dirigiría una nueva carta al arzobispo en los mismos términos (reg., *ibíd.*, pág. 1.700 y publ., *ibíd.*, pág. 282).

obispo hispalense con la presencia en la corte castellana del eficiente Frédulo, capellán apostólico y prior de Lunello (37).

Apoyo al gibelinismo lombardo.

En efecto, la situación para el pontífice era delicada. Alfonso X había utilizado Beaucaire para estrechar sus vínculos de compromiso con la liga lombarda, y dichos vínculos continuaron en los meses siguientes. De hecho, este reforzado apoyo al gibelinismo norteitaliano es el segundo aspecto a analizar dentro de la nueva radicalización que sufre el antigüelfismo castellano a lo largo de 1275.

En este sentido hay que recoger un primer dato: el juramento de fidelidad vasallática prestado a Alfonso X por las ciudades lombardas de Asti, Montferrato, Novara, Pavía, Mantua y Verona, junto con la república genovesa, en las primeras semanas de 1275, meses antes de que se produjera la llegada del rey castellano al territorio provenzal (38). Esta renovada adhesión no tardó en traducirse en efectivo avance militar de tropas hispano-lombardas a costa de los enclaves güelfo-angevinos de la Italia septentrional. Los "Annales Placentini Gibellini" nos hablan de la ocupación de Vercelli por soldados hispanos en colaboración con destacamentos de Pavía el 7 de abril de 1275 (39), y de la forzada entrada de Alejandría en la liga hispano-lombarda apenas unas semanas después (40).

Sin duda este recrudecimiento de la actividad gibelina en la Italia septentrional tiene alguna relación con la inmediata presencia del rey de Castilla en la ribera del Ródano. La proximidad del monarca despertó importantes expectativas que nos vienen a ratificar en las

(37) Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.699 y publ. GUIRAUD, *Registres...*, página 310.

(38) S. RUNCIMAN, *Vísperas sicilianas. Una historia del mundo mediterráneo a finales del siglo XIII*, Madrid, 1979, pág. 168.

(39) M. G. H., XVIII, pág. 560.

(40) *Ibid.*, conservamos una carta pontificia, sin fecha, pero fácilmente datable junto a los acontecimientos de que venimos hablando. Está dirigida al rey Carlos y a los consejos comunales de Alejandría y Alba. El papa se alegra de la cooperación que se da entre el monarca y dichos consejos, y anima a éstos para que no teman la nueva llegada de españoles a Lombardía, ya que se verán protegidos por el Rey de Romanos y el de Sicilia, ambos unidos a su vez por múltiples pactos (publ. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 350).

reales intenciones del viaje de Alfonso X. A tales expectativas estaba dispuesto a responder el castellano, y bajo este prisma hay que analizar la carta que, desde Beaucaire, escribe a las autoridades de Pavía el 21 de mayo; el documento, al que ya hemos hecho referencia (41), no sólo tiene una dimensión explicativa acerca de la reciente entrevista mantenida con el papa, sino que en él, Alfonso X expresa a la ciudad lombarda su confianza en ella y en sus aliados, al tiempo que le comunica su firme voluntad de proseguir trabajando, "tam de iure quam de facto", en el asunto imperial; con todo, el monarca va más allá y anuncia a la ciudad su pronta presencia en Lombardía y el inmediato envío a Pavía del plenipotenciario Jordán de Pueyo, "camerarius et procurator imperii generalis dilectus fidelis noster".

La promesa, al menos en su última parte, fue cumplida, y Jordán de Pueyo entraba, seguramente no mucho tiempo después de lo anunciado, en Lombardía, y ello gracias a la paradójica concesión de salvaconducto que le fue ofrecido por el pontífice (42). Gregorio X conocía muy bien el destino del embajador, pero de ninguna manera quiso privar al castellano de un nuevo gesto de buena voluntad que nos habla, por otra parte y una vez más, de la eficaz plataforma de Beaucaire como mecanismo de acción diplomática para Alfonso X. La libertad de gestión del Rey Sabio vuelve a traducirse, tras las conversaciones iniciales con el papa, en nuevos avances de las tropas hispano-gibelinas en Lombardía; en el mes de junio soldados españoles, unidos a las milicias de Pavía y Novara, tomaron al asalto el castillo milanés de Galiaro (43).

Gregorio X se encontraba en un aprieto: no quería indisponerse más de lo indispensable con Alfonso X, y al mismo tiempo no podía consentir el frontal ataque al güelfismo italiano del que, en gran medida, era responsable. El diplomático temor del Pontífice hacia el rey de Castilla, no le impidió alentar la resistencia de los núcleos güelfo-angevinos de Lombardía. Días antes de entrevistarse con Alfonso X, Gregorio instaba al podestá, consejo y común de Alba a que se mantuvieran firmes frente a sus perseguidores en tanto se trasladaban al norte de Italia los efectivos que había solicitado de

(41) *Vid., supra*, notas 19 y 20.

(42) *Vid.* A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X...*, pág. 778.

(43) *Annales Placentini Gibellini*, M. G. H., XVIII, pág. 561.

Rodolfo, electo Rey de Romanos; asimismo, se veía obligado a confirmarles que, pese a lo que pudiera parecer, de ningún modo habían sido abandonados por Carlos de Anjou, ni la autoridad de éste había desaparecido en la zona (44).

Es difícil saber si los albaneses creyeron en las palabras del papa, lo cierto es que no mucho después, en agosto de 1275, el marqués de Montferrato —sin duda el más fiel representante de los intereses alfonsinos en Italia— devastaba, en colaboración con Asti, toda la región de Alba, manteniéndola militarmente ocupada durante más de un mes (45). Al mismo tiempo, 500 soldados españoles intervenían en las campañas de acoso a Milán protagonizadas por el conde Ubertino di Lando y por Bosio de Dovara en el mes de septiembre (46).

Ni los reiterados e infructuosos llamamientos del papa al emperador electo Rodolfo, ni las desatinadas reacciones de Carlos de Anjou en Lombardía, eran buenos diques de contención al avance del gibelinismo norteitaliano, tan eficazmente alentado por la reciente presencia del rey de Castilla en la cercana Provenza.

Estrechamiento de vínculos con Génova.

El activo gibelinismo protagonizado por Alfonso X en aquel año de 1275 tiene en la alianza genovesa otro firme apoyo. En realidad, como ya hemos indicado, la república ligur había identificado sus intereses con los de la liga lombarda antigüelfa. Génova formó parte del conjunto de ciudades norteitalianas que juraron fidelidad vasallática a Alfonso X en el mes de enero, y cuando supo de la presencia del rey castellano en Beaucaire, faltó tiempo a sus autoridades para enviar junto a él a los embajadores Oberto Cigala, Ansaldo Balbo de Castello y Nicolo Spinola, con amplios poderes (47).

Pero el antigüelfismo genovés no se quedó en formales protestas de fidelidad a la causa alfonsí: en el transcurso de 1275, balle-

(44) 1275, mayo, 10. Beaucaire. Reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.697 y publ. GUIRAUD, *Registres...*, págs. 307-308.

(45) *Annales Placentini Gibellini*, M. G. H., XVIII, pág. 561.

(46) *Ibid.*

(47) *Annali Genovesi di Caffaro e dei suoi continuatori*, ed. G. MONLEONE, Génova, 1927, VII, parte II, pág. 139.

teros de la república contribuían eficazmente a la reducción de Alejandría (48), y naves genovesas saqueaban la ciudad siciliana de Trápani y la isla maltesa de Gozo, no sin hacer una desafiante demostración de fuerza en la angevina bahía de Nápoles (49).

La alianza saboyana.

El radical gibelinismo que, una vez más, reinauguraba coyunturalmente el rey Alfonso, parecía permitirle reconquistar su perdida influencia en Italia. La firmeza del papa Gregorio había sido causa fundamental de aquella pérdida: ahora, después del Concilio y a raíz de la entrevista de Beaucaire, el pontífice se mostraba más cauto y esa cautela restó poder de convocatoria al güelfismo que, por otra parte, no siempre estaba dispuesto a dejarse manejar por Carlos de Anjou. En este momento de pasajera euforia gibelina, Alfonso X no quiso dejar escapar ningún eventual aliado, y también en esta ocasión supo tocar la tecla del condado saboyano. A antiguos proyectos de alianza sumó ahora la realidad de un ventajoso matrimonio. En su viaje de regreso al reino de Castilla, Alfonso X dejaba consumado el matrimonio de su hermano Manuel con la propia condesa de Saboya (50).

Alfonso X y Eduardo I de Inglaterra.

Otro indicador que viene a subrayar la acción gibelina de Alfonso X, tan conscientemente intensificada en el transcurso de 1275, es el de sus amistosas relaciones con la Inglaterra de Eduardo I. Mientras se trasladaba lentamente a entrevistarse con el pontífice, el rey de Castilla se había preocupado de enviar una embajada a la corte inglesa compuesta por dos hombres de su confianza: Velasco Velázquez, juez de la curia real, y el caballero Pedro del Castillo. La embajada tenía por objeto obtener la ayuda de Eduardo para los tres embarazosos problemas que embargaban en este momento el ánimo

(48) *Annales Placentini Gibellini*, M. G. H., XVIII, pág. 560.

(49) S. RUNCIMAN, *Vísperas sicilianas...*, pág. 168.

(50) *Chronica Domini Joannis Emmanuelis*, ed. HUICI, I, pág. 96. Vid. A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X...*, pág. 772.

del monarca castellano: la defensa del Reino frente a Marruecos, las pretensiones castellanas sobre Navarra y lo relativo al "fecho del Imperio".

De la embajada, así como del contenido de las peticiones diplomáticas, nos informan tres cartas de la cancillería inglesa, enviadas por Eduardo I a su cuñado Alfonso, antes de que éste hubiera podido iniciar sus conversaciones con el papa: una de esas cartas está fechada en Westminster el día 4 de mayo, y las otras dos, en la misma localidad real, el día siguiente (51).

La carta del 4 de mayo, como las restantes, incluye significativamente en su encabezamiento la titulación imperial de Alfonso —"Dei gratia, Romanorum Regi semper Augusto"—. En ella, después de dar cuenta de la información recibida acerca del "negotio et guerra sarracenorum", Eduardo contesta al monarca castellano que por el momento no puede darle respuesta oficial en relación a una posible ayuda: el papa le estaba pidiendo que se definiera en el tema de Tierra Santa y aún no lo había hecho; cuando se decidiera, y sólo entonces, daría también satisfacción a Alfonso X. Por el momento, vería con buenos ojos el que sus súbditos, a nivel privado, acudieran en su ayuda e, incluso, que el monarca castellano pudiera contar con la colaboración de navegantes de Bayona. No cabe duda de que la táctica dilatoria seguía siendo, como en los días de Enrique III, el mecanismo habitualmente utilizado por la monarquía inglesa para contestar a las peticiones de colaboración con Castilla en "materia reconquistadora" (52). Aunque el tema sea tangencial para el asunto que venimos tratando, no se puede dejar de decir que, dada la datación de la carta, o bien hay que revisar las fechas que tradicionalmente se han dado para la invasión meriní (53), o bien hay que presuponer una información previa del gobierno castellano acerca

(51) T. RYMER, *Foedera, Conventiones, Litterae...*, Londres, 1740, I, 2, páginas 145-46.

(52) En esta ocasión, sin embargo, hubo algo más que promesas diferidas: en enero de 1276, desde Caneford, Eduardo I ordenaba a las autoridades de la ciudad de Bayona que, a requerimiento de Alfonso X, prestasen a Castilla la ayuda y colaboración naval necesarias (RYMER, *Foedera...*, I, 2, págs. 151-152; cit. A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X...*, pág. 920).

(53) IBN JALDUN, *Histoire des Berbères et de dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, ed. París, 1978, IV, pág. 77; A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X...*, págs. 746 y sigs.

de ella, en cuyo caso no deja de ser extraño —o quizá muy significativo— que Alfonso X abandonara el Reino en tan problemática coyuntura, y más aún, que la acción meriní sorprendiera al regente en Navarra y a las líneas de defensa andaluza absolutamente desprevenidas.

Con la segunda de las cartas de Eduardo I al rey de Castilla, nos volvemos a centrar más en el tema que nos ocupa ahora: el monarca inglés promete, en lo referente al asunto navarro, plena ayuda a su cuñado, dejando a salvo, claro está, la fidelidad debida al rey de Francia y los irrenunciabiles derechos que correspondían a la Corona inglesa sobre algunas fortalezas, villas y posesiones de tierras navarras.

Más sustanciosa es aún la tercera de las cartas enviada a la corte castellana. En ella Eduardo promete a Alfonso X colaboración y ayuda en el asunto imperial frente al conde Rodolfo “de Alemania”, salvando el respeto que la Iglesia de Roma merecía. Pero había más que una inera declaración de intenciones: el monarca inglés había enviado afectuosas cartas al papa y al Sacro Colegio Cardenalicio pidiendo el mantenimiento del derecho imperial en la persona de su cuñado Alfonso (54).

Es decir, que antes de acudir a entrevistarse con el pontífice, Alfonso X había solicitado la colaboración del influyente rey de Inglaterra en dos de los temas que iban a someterse a negociación: su gibelinismo se veía así notablemente reforzado, especialmente en lo tocante al asunto imperial. No conviene olvidar que el rey de Castilla había conseguido de Eduardo I lo que nunca obtuvo de su padre, el rey Enrique III: pleno apoyo a sus reivindicaciones gibelinas. Y ello no sólo se explica por la desaparición de Ricardo de Cornwall. Sin duda el ascenso del nuevo rey inglés al trono coincidió con un acercamiento global de la política británica a los intereses de Castilla, y ese acercamiento —tampoco conviene olvidarlo— se produce en paralelo a un cierto enfriamiento en las relaciones anglo-pontificias, cuya explicación profunda no deja de ser simple: Eduardo I inicia una activa política de signo “protonacionalista” que no sólo procurará desatar los onerosos compromisos adquiridos por su pa-

(54) En efecto, conservamos una carta del día anterior, 4 de mayo, en la que Eduardo I verificaba esta petición al Papa Gregorio X (RYMER, *Foedera...*, I, 1, pág. 145).

dre con la Santa Sede, sino que tenderá a afirmar posiciones frente al güelfismo francés, y éste era, desde luego, el máspreciado tesoro político del Pontificado romano. Estas tendencias tardarán en manifestarse, pero el desaire inferido por Eduardo I al papa haciendo coincidir su coronación con las sesiones conciliares de Lyon, era todo un símbolo (55) que, en aquel momento, se adecuaba a los intereses gibelinos de Alfonso X.

Balance de la acción diplomática de Castilla en 1275. El gibelinismo castellano-aragonés.

El regreso de Alfonso X a Castilla después de su estancia en Beaucaire se produjo en circunstancias dramáticas, y quizá lo primero que nos sorprende en relación al tema es la lentitud con que se verificó. Medio año largo transcurrió desde que Alfonso X tuviera conocimiento de la invasión meriní del territorio castellano hasta que se produjo su definitivo retorno. En el contexto de todo lo que venimos diciendo, el hecho tiene, sin embargo, una explicación evidente. El rey había realizado su "ida al Impero" —lo cual significa algo más que su mera estancia en Beaucaire— para reforzar su posición gibelina, es decir, para consolidar su situación política, no sólo cara al exterior, sino sobre todo en el interior de sus dominios: la política exterior de Alfonso X es cauce para conseguir su fortalecimiento interno. Probablemente, desde la óptica del Rey Sabio, su presencia en Castilla en los difíciles momentos de la invasión, e inmediata crisis subsiguiente, no hubiera servido mejor a los intereses del trono que su activa acción diplomática, desde el exterior.

Una frase de Muntaner viene a resumir en muy breves palabras la filosofía profunda de la acción gubernamental del rey Alfonso en aquellos críticos meses; al referirse a su vuelta a Beaucaire, Muntaner da su versión acerca del viaje del monarca castellano: "vos sé aitant dir que hi era anat per ço com cuidava ésser emperador d'Espanya" (56). En la mente del cronista catalán, como en la del propio Rey Sabio, se realiza de forma indirecta una lógica, y al mismo

(55) S. RUNCIMAN, *Vísperas sicilianas...*, pág. 162.

(56) *Crónica*, cap. XXIV, pág. 688 (ed. F. SOLDEVILLA, *Les Quatre Grans Cròniques*, Barcelona, 1971).

tiempo compleja, operación de identificación política: pretensión imperial —o lo que es lo mismo, radicalización de la posición gibelina—, igual a asunción de "auctoritas" y, por consiguiente, a consecución de la plena soberanía en el Reino y de la hegemonía en la Península. Se entiende así con facilidad que este eterno objetivo del monarca fuera ahora desesperadamente ambicionado desde una adecuada plataforma exterior, aunque fuera en momentos tan delicados para la monarquía, o precisamente por ello.

No sabemos si el regreso del rey de Castilla por territorio catalanoaragonés incluyó una nueva, y última, entrevista con Jaime I. Las fuentes cronísticas, y ello es muy indicativo, para nada hablan de ella (57). Ballesteros-Beretta, en cambio, afirma que sí hubo tal entrevista, probablemente en Lérida (58).

Si tal encuentro tuvo realmente lugar, no es difícil suponer los temas que ambos monarcas pudieron abordar. La casa catalana apoyaba incondicionalmente la motivación gibelina que había presidido el traslado de Alfonso X a Beaucaire. Jaime I había materializado su apoyo desbordando las atenciones hacia su yerno mientras éste viajaba, camino de Francia, por sus dominios (59); también mostrándole, como en ocasiones anteriores, su personal buena disposición hacia la familia reinante en Castilla (60).

(57) Lo único que hace MUNTANER es señalar que el monarca aragonés se preocupó de que Alfonso X fuera convenientemente atendido mientras pisara su territorio, y que incluso lo fuera «molt mills, e ab major abundància que no havia fet al venir» (*Crònica*, cap. XXIV, pág. 688).

(58) *Alfonso X...*, pág. 775.

(59) Como ejemplos podrían aducirse la carta de Jaime I relativa a los gastos efectuados por la comitiva castellana expedida en Barcelona el 23 de enero de 1275 (A. C. A., reg. 20, fol. 205 v.), o el reconocimiento de deuda de 2 de febrero realizado por Jaime I a favor de su vicario barcelonés Ferrán Mayol, quien había invertido 210 sueldos en la compra de pollos y gallinas para que pudiera celebrarse un banquete en honor de Alfonso X (A. C. A., reg. 20, fol. 211 v.; publ. A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X, emperador...*, pág. 80); igualmente habría que citar, como significativa, la confirmación real de gastos efectuados por el baile de Valencia, Arnaldo Scriba, con motivo del viaje del rey de Castilla (21 de marzo de 1275; A. C. A., reg. 20, fol. 227 v.; publ. A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X, emperador...*, pág. 80).

(60) El 28 de febrero de 1275, cuando todavía Alfonso X no había abandonado los territorios de la Corona de Aragón, Jaime I comunicaba a su nieto, el infante don Sancho, la absolución concedida por sus ruegos a un reo condenado a pena de muerte (A. C. A., reg. 20, fol. 211). También, como en otras ocasiones, puede constatarse el carácter recíproco de esta buena disposición personal entre los

Pero no sería la política internacional, ni los entresijos diplomáticos que rodearon la entrevista de Beaucaire, lo que centrara la atención de los dos monarcas peninsulares a lo largo de este posible reencontro. Muy pocos meses antes se había producido la invasión *benimerín*. La guerra assolaba el sur del reino castellano y amenazaba muy seriamente a la región valenciana, cuya población mudéjar daba, una vez más, síntomas de inquietud ante la cercanía de sus correligionarios. Aunque quizá no les hubiera llegado todavía la noticia del fallecimiento del arzobispo de Toledo en la desastrosa batalla de Martos, Alfonso X y Jaime I, conscientes de la gravedad de la situación, acordarían algún tipo de acción coordinada. Desde luego, de lo que no cabe duda es de que nada más cruzar la frontera castellano-aragonesa Alfonso X, y prácticamente al tiempo que se producía el fallecimiento del heredero de Castilla, Jaime I determinaba costear a sus expensas un ejército de socorro compuesto por 1.000 caballeros y 5.000 peones, a las órdenes del infante Pedro, que partiría inmediatamente "ad partes Ispanie" (61).

monarcas. Por una carta del día 1 de aquel mismo mes de febrero, sabemos que, aprovechando la presencia física de Alfonso X en su corte, Jaime I había solicitado de su yerno que se comprometiera a satisfacer la deuda que había contraído el monarca castellano con un mercader de *Chaiyarch* (?), llamado Guiraldo Cazayre (A. C. A., reg. 20, fol. 209 v.; publ. J. TORRES FONTES, *La Orden de Santa María de España*, en «Miscelánea Medieval Murciana», III [1977], pág. 104, fechándolo en 1274). Pero más importante que estos documentos anteriores es la carta dirigida por Jaime I a su nieto el infante-regente don Fernando el día 4 de mayo de aquel año de 1275, con motivo de un incidente fronterizo: vasallos castellanos habían depredado la villa y castillo de Los Fayos y se habían apoderado de ganado, propiedad de Gonzalo de Vera. El rey pide al infante que adopte las medidas necesarias para que no se repitan semejantes acciones; exige también la restitución del ganado desaparecido, pero significativamente insiste en las medidas legales que estaba dispuesto a adoptar contra el damnificado Gonzalo de Vera si es que la depredación castellana contaba con algún tipo de justificación (A. C. A., reg. 22, fol. 33; publ. parcial A. BALLESTEROS-BERETTA, *Alfonso X...*, pág. 739; cit. B. PALACIOS, *La frontera de Aragón con Castilla en la época de Jaime I*, en «Jaime I y su época», 1 y 2, X, C. H. C. A., Zaragoza, 1980, pág. 483). El tono de la carta presenta diferencias respecto al agresivo contenido de otros documentos semejantes, expedidos en períodos de mayores dificultades de entendimiento entre los dos reinos. Sin duda, en este caso, la citada acción violenta no tiene más alcance que el puramente anecdótico y puntual de un hecho sin consecuencias políticas.

(61) En la segunda mitad del mes de noviembre, Jaime I ultimaba los preparativos de la campaña de auxilio en favor de Alfonso X. El día 20, en Lérida, el rey expide tres documentos directa o indirectamente relacionados con el hecho. Por el primero, Jaime I promete a su hijo Pedro que antes de que marche «ad partes

Nuevamente se imponía la plena solidaridad de las dos monarquías gibelinas de la Península. Tal coyuntura no agradaba al papa. Es cierto que Gregorio X, ante el tema de la invasión meriní, no podía desear otra cosa que la unión de los cristianos españoles. El mismo había felicitado al infante Pedro al enterarse de su propósito de acudir en ayuda de Alfonso X (62), al igual que había alabado la valiente actitud del arzobispo toledano, el hijo de Jaime I, cuando decidió marchar personalmente contra los sarracenos africanos (63). Incluso, preocupado por el futuro de la cruzada castellana, negó al infante Manuel su inoportuna y atrevida pretensión de desviar las décimas provenientes del reino de Portugal para acudir a Tierra Santa (64).

Pero, sin embargo, Gregorio X no dejaba de tener cierto recelo hacia esta renovada identificación de los intereses hispánicos, y junto a las citadas muestras de obligado apoyo, no dudaba en lanzar directas amenazas contra Alfonso X y Jaime I. La Santa Sede no esperó a mejor ocasión para resarcirse del gibelinismo de los dos reyes peninsulares. A finales de octubre de 1275, Gregorio X daba instrucciones a Raimundo Marchi, camarero apostólico, para excomulgar a Alfonso X y situar su Reino en entredicho si el monarca no pagaba en los plazos previstos las deudas contraídas "pro urgenti-

Ispanie» en socorro del rey de Castilla, hará jurar y prestar homenaje en favor del infante Alfonso, su nieto, a condes, vizcondes, barones, ciudadanos y pueblo de los reinos y condados de la Corona de Aragón, para de este modo asegurar la sucesión en la persona del citado infante, en caso de que se produjera el fallecimiento del monarca y de su hijo Pedro (A. C. A., reg. 20, fol. 300 v.; publ. E. GONZÁLEZ HURTEBISE, *Recull de documents inédits del Rey en Jaume I*, I, C. H. C. A., 2.º vol., pág. 1.253 y F. SOLDEVILLA, *Pere el Gran*, I, vol. III, Barcelona, 1953, págs. 472-473). Por el segundo documento, Jaime I garantizaba a su hijo Pedro que si no le concediera las expensas prometidas para sostener 1.000 caballeros y 5.000 infantes durante tres meses en ayuda del rey de Castilla «in partes Yspanie contra sarracenos», no estaría obligado a acudir a la campaña (A. C. A., reg. 20, fol. 300 v.; publ. F. SOLDEVILLA, *Pere el Gran*, I, vol. III, pág. 473). Por último, y mediante el tercer documento, Jaime I concede a su hijo todo lo que pudiera obtener a partir del «quinto» o de otro derecho de cabalgada, en las acciones de socorro en favor del rey de Castilla (A. C. A., reg. 20, fol. 301; publ. E. GONZÁLEZ HURTEBISE, *Recull...*, pág. 1.253 y F. SOLDEVILLA, *Pere el Gran*, I, vol. III, pág. 473).

(62) 1275, septiembre, 3. Beaucaire, reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.699.

(63) 1275, septiembre, 3. Beaucaire, reg. POTTHAST, *Regesta...*, pág. 1.698 y GUIRAUD, *Registres...*, pág. 269.

(64) 1275, septiembre, 17. Valence, reg. GUIRAUD, *Registres...*, pág. 345.

bus suis et regnorum suorum necessitatibus" (65). Un mes antes, el papa había amenazado a Jaime I con anatemas contra él y entredicho para su Reino, si no abandonaba su vida de adulterio (66). Gregorio X no deseaba dar respiro a sus enemigos políticos; por ello, no dejaba de aprovechar las difíciles circunstancias por las que atravesaba la Península, frontalmente atacada por el Imperio meriní, para debilitar la posición de unos monarcas que tanto entusiasmo mostraban por la causa gibelina.

Las presiones del pontificado dieron sus frutos. Se habían iniciado en el mes de septiembre con aquellas amonestaciones dirigidas, según vimos, al arzobispo de Sevilla para que invitara al monarca a abandonar los símbolos de la autoridad imperial. Acabarían en noviembre con la confirmación pontificia de todos los procesos incoados por la Santa Sede en la etapa de Clemente IV (67). Pero tantas precauciones sobraron. Las circunstancias se imponían y Alfonso X debió ratificar la renuncia a sus derechos y pretensiones imperiales en los primeros días de octubre: el día 15 Gregorio X escribía a los príncipes eclesiásticos y seculares de Alemania y de los dominios eslavos comunicándoles la definitiva renuncia del rey de Castilla (68).

(65) Publ. GUIRAUD, *Registres*.... pág. 345. Sobre los problemas que plantea la cronología del documento, vid. A. BALLESTEROS-BARETTA, *Alfonso X...*, pág. 774.

(66) Reg. POTTHAST, *Regesta*.... pág. 1.699; publ. GUIRAUD, *Registres*.... páginas 284-285.

(67) Reg. POTTHAST, *Regesta*.... pág. 1.701; publ. GUIRAUD, *Registres*.... página 284.

(68) Reg. POTTHAST, *Regesta*.... pág. 1.700.